

SAN JOSE DE TARBES EN VENEZUELA

75
AÑOS
DE
LABOR

"Nadie puede negar que los Colegios de las Hermanas de Tarbes representan una etapa estupenda de civilización para Venezuela, ya por la amplitud de su enseñanza, ya por la novedad de su disciplina, ya por el influjo y prestigio de su personal, ya, en fin, por sus magníficas exhibiciones de carácter escolar y artístico, que tanto entusiasmo causaron siempre y tan viva emulación provocaron para el mayor lustre de los demás planteles educativos del país. Hoy abunda todo eso y son muchos los institutos que brindan iguales ventajas, y todo ello parece lo más natural del mundo; pero no debe de olvidarse que fueron estas Hermanas las primeras labradoras de ese campo, las que abrieron aquí ese gran surco de adelanto nacional y que por largos años ellas solas lo fueron, empujando con afán creciente y benemerencia nunca jamás fallida. Ellas abrieron la brecha y bien puede proclamarse que todas las Congregaciones, tanto de origen autóctono como venidas de fuera, que hoy trabajan entre nosotros, así en lo benéfico como en lo cultural o en lo puramente religioso, han surgido en torno a la Congregación de Tarbes, a quien nadie podrá arrebatar la primacía de esa labor civilizadora en Venezuela."

MONS. NICOLAS E. NAVARRO

La Congregación de Hermanas de San José de Tarbes está celebrando su 75º aniversario en Venezuela. Con esta ocasión pronunció el R. P. Jenaro Aguirre, Presidente de la Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC), un hermoso discurso que nuestra revista se honra en reproducir en gran parte como testimonio de reconocimiento a esta benemérita Congregación, pionera del apostolado social en nuestra patria y que ha hecho tanto por ella a través, especialmente, de las espléndidas generaciones cristianas formadas en sus excelentes centros de educación.—Nota de la Redacción.

El 13 de junio de 1889, batiendo sus blancas alas sobre el Atlántico, arribaron a Venezuela 18 Religiosas de San José de Tarbes y fueron recibidas con las mejores muestras de aprecio tanto por el Presidente de la República y el Arzobispo de Caracas como por las demás autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad. Venezuela, la Venezuela católica, las saludó como mensajeras de la caridad. Venían con el espíritu de Aquel que recorrió los caminos de Palestina como Buen Sembrador, dejando caer de sus manos dorada semilla de verdades y bondades, redentoras de la Humanidad.

Al frente de esta primera expedición venía una mujer de excepcionales cualidades de capacidad y prudencia, de ingenio tenaz y lúcido y de energía indomable, cual correspondía a una Fundadora: la Reverenda M. San Simón, nombrada primera Superiora Regional en 1892.

Venían contratadas por el Gobierno del Dr. Juan Pablo Rojas, Presidente de la República, para tomar bajo su cuidado y administración los hospitales de Caracas y muy concretamente el Hospital Vargas, recientemente decretado. Se instalaron en una humilde casita de la Parroquia de San Juan. Pobre y todo, las Hermanas llegaron a amarla hasta derramar lágrimas al trocirla por la suntuosa mansión del Paraíso.

Aquella casita de San Juan, llena de incomodidades, era su refugio, su nido, era su Convento.

Como el Hospital Vargas continuaba en fase de construcción, de inmediato se hicieron cargo de la Casa de Beneficencia, que era sencillamente un Asilo de Ancianos, y de los Hospitales de San Pablo y del Hoyo. En la actualidad apenas podemos concebir el horrible estado que presentaba el tren hospitalario de entonces. Escribía la M. San Simón: "No nos es posible entrar con decencia en el hospital de hombres. La mayor parte yacen desnudos y mueren como si fueran bestias." Y al desaseo e incuria corporal se sumaba la miseria moral: "Aquí tenemos —escribía la misma Madre, hablando del hospital de mujeres— solteras de 15 a 45 años todas madres de muchos hijos. Ellas no tienen noción de Dios ni de la religión; sin embargo, nos acogen con bondad."

Sobre la intrépida Superiora empezaron a llover solicitudes de fundación por todas partes. Valencia, Puerto Cabello y poco después Barquisimeto reclamaban los servicios de aquellos ángeles de paz, de aquellas mensajeras de la más acendrada caridad cristiana. Y la generosa Francia, la Francia católica y misionera, envió en sucesivas expediciones, para las nuevas y apremiantes necesidades, 80 Religiosas en el espacio de sólo 5 años. Cifra sorprendente que nos debe llenar de admiración y gratitud para tan generosa tierra.

Gracias a las nuevas expediciones, que continuaron ininterrumpidamente, la incansable Fundadora pudo encargarse, además de los tres Centros asistenciales mencionados, del Hospital Vargas, con casi 500 camas, al que destinó 24 Hermanas; de un Asilo de huérfanos y del Hospital civil de Valencia; del Hos-

pital de Barquisimeto; del Manicomio de Caracas; del Leprocomio que funcionaba en Sarría y que poco después fue trasladado a Cabo Blanco; del Hospital "San Juan de Dios" en La Guaira. Sin contar los colegios de Valencia, Puerto Cabello, Barquisimeto y el Internado y Externado en Caracas. En todas partes eran recibidas triunfalmente, entre atronadoras salvas de cohertería y los alegres sonos de la Marsellesa. En Barquisimeto el General Juárez, Presidente del Estado Lara, decretó el cierre de todos los establecimientos para que la ciudad entera recibiera a las Hermanas entre vítores y aplausos, como a verdaderas heroínas de la caridad.

Francamente, ¡eran demasiadas fundaciones! La M. San Simón había sido desbordada en su caridad y afán por remediar tantas necesidades inaplazables. Sus hijas no eran "La Providencia de Dios". Por eso escribía a la casa Madre:

"Prepárenos nuevos sujetos. Nos son indispensables. De otra manera, vamos a sucumbir. No podemos mantener por mucho tiempo el ritmo de trabajo que nos imponemos. Ni recreación, ni reposo. Se nos ha creado una situación excesivamente áspera para nuestro temperamento y salud."

Grito de auxilio de una Apóstol y a la vez solicitud maternal de una Superiora prudente y comprensiva. Demasiado trabajo para tan pocos brazos. Y el esfuerzo agotador empezó a causar estragos entre las Hermanas. La primera víctima respondía al nombre de la Hermana Antonieta María, que el 16 de enero de 1892 coronaba con el sacrificio supremo de su ser una vida religiosa breve, pero prodigiosamente intensa. Dos años más tarde, muchas Hermanas son atacadas de la terrible enfermedad de la fiebre amarilla. Cinco de ellas, jóvenes aún, morían dulcemente entre los brazos de sus Hermanas, lejos de la patria bienamada, pero cerca, muy cerca de sus enfermos y ancianos. Maravilla la serenidad con que traspasaban los linderos de la eternidad. La Hermana San Carlos Borromeo, ante el anuncio de su gravedad, responde serenamente a su Superiora: "Estoy preparada para cumplir la voluntad del divino Maestro. Tanto mejor si Él quiere llevarme al cielo. Quiero confesarme y comulgar y que luego sea lo que Dios quiera. —Hermana, ¿no tiene miedo de presentarse delante de Dios?, le pregunta la Superiora. —No, Madre, ningún miedo; todo lo contrario." Y así, sencillamente, con la modestia de los héroes, volaban al cielo aquellas mártires de la caridad, tronchadas en plena juventud, como flores sacrificadas para perfume de nuestros altares.

La Rda. M. Superiora General, Helena María, en su segunda Visita canónica a las casas de Venezuela, no puede reprimir el gozo que le producían los éxitos de sus hijas y el excelente espíritu religioso que reinaba en las Comunidades, y en un transporte de júbilo escribe a sus hijas de la Casa Madre: "Todas tienen un mismo corazón y una misma alma. Cada día se superan en el ejercicio de la caridad. Dios, las almas, la Congregación, son sus ideales. Los resultados llenan a todas de consuelo. Centenares de moribundos son asistidos por ellas anualmente y apenas ninguno muere sin recibir los Sacramentos y muchos mueren de la manera más edificante. La mayoría de ellos hacen la primera Comunión, preparados para tan sublime acto por la enseñanza del Catecismo y por las pláticas de

las Hermanas... Durante las recreaciones se entretienen ordinariamente conversando sobre los enfermos, ancianos, huérfanos, locos, alumnos, en una palabra, sobre las obras que llevamos entre manos. Según propia confesión, jamás en Francia habían sentido tan en alto grado la pasión por el Bien. Las santas muertes de sus queridas compañeras son para ellas un estímulo constante. Toda su ambición se centra en seguir los pasos de las que las precedieron en las rutas del cielo y santificarse como ellas." Lenguaje insólito e incomprensible para el mundo. Lenguaje de almas consagradas, para quienes las acciones extraordinarias se habían convertido en rutina ordinaria de la vida.

En este rápido y superficial recorrido de la actividad asistencial de las Hermanas de Tarbes resultaría imperdonable la omisión de tres flagelos dolorosísimos que azotaron a principios de siglo al pueblo venezolano y que pusieron en el ápice del sacrificio y de la entrega sin reservas la caridad de las Hermanas de San José de Tarbes. Son páginas de oro en los anales de la Congregación. Me refiero a la peste de viruela en 1898, que hizo cundir el terror en las ciudades del centro de Venezuela; a la peste bubónica, traída por viajeros extranjeros y que se extendió por el Litoral y Caracas; y a la llamada gripe española, que sembró la muerte en extensas regiones del mundo.

Desde fines de 1898 hasta mediados de 1900, la guerra civil, las calamidades consiguientes a la guerra y una espantosa peste de viruela se cebaron en la carne del pueblo. El Gobierno organizó degredos u hospitales de emergencia por todas partes y para atenderlos debidamente fueron llamadas las Hermanas de la Caridad de San José, como las empezó a llamar cariñosamente el pueblo. Ellas formaron grupos de socorro y aceptaron encerrarse con los apestados en aquellos "campos de muerte", cercados por un estrecho cordón sanitario, sin más comunicación con el exterior que el teléfono. En Valencia, en agosto de 1898, pasaban de 2.000 los encerrados en los degredos y de 700 los muertos. En Puerto Cabello, en medio del ruido ensordecedor del viento y de las olas, dos Hermanas, totalmente desamparadas, asisten a los apestados. Ningún médico, ningún sacerdote. Hasta los empleados habían huído atemorizados por el posible contagio. En el carro que hacía el servicio desde la ciudad hasta el hospital se amontonan en desorden hombres, mujeres, niños; unos, vivos; otros, muertos. Había que cuidar a los vivos y enterrar a los muertos. Una noche, un enfermo, en un acceso de locura, hiere a una de las Hermanas. La otra, sola, describe su martirio en aquella noche dantesca: "Llamo a esta noche la noche del juicio universal: la Hermana, en cama, herida de consideración; un loco furioso que sujetar y dominar; una tempestad espantosa, acompañada de relámpagos y truenos; la carreta, que trae tres moribundos y un muerto... Un hombre cava la fosa. Hacemos el entierro. Eran las 4 de la mañana cuando terminó todo. Me recojo y hago mis oraciones de la noche y de la mañana cerca de los enfermos, que tienen miedo y no puedo dejarlos solos." Y así durante 6 meses largos, agotadas por el cansancio, por las vigiliias nocturnas, por las privaciones y por un aislamiento espantoso.

El degredo de La Victoria presentaba el mismo cuadro de heroísmo y de horror. Escribe una de las Hermanas a la Superiora General: "Los habitantes de la ciudad nos han recibido como enviadas del cielo.

Al llegar, 5 de los apestados los hallamos muertos y abandonados, y a los restantes hacinados en una choza al pie del cerro, solos con su Dios y pidiendo un grito herido, día y noche, un poco de agua. Aun los parientes cercanos, desoyendo la voz de la naturaleza, los habían abandonado totalmente por temor a contagiarse de la terrible enfermedad. No cesan de traer nuevos apestados. Vienen casi desnudos, cubiertos por la viruela: nuestras manos se hundían en sus carnes purulentas. Nosotras mismas los tenemos que cargar hasta sus lechos porque todos rehusan esta repugnante tarea. Trece llegaron un mismo día y es tan pestilente el hedor que despiden, que los zamuros cubren los techos de las casas. En medio de esta miseria y de esta hediondez llevamos dos meses largos trabajando día y noche sin descanso." Y añade simplemente: "Es un verdadero milagro el que aún nos mantengamos con vida." Y en realidad fue un milagro singular el que la epidemia no causara ni siquiera una víctima entre las Hermanas, a pesar de su servicio heroico a los variolosos durante largos meses.

Cuadros parecidos pudiéramos reproducir de la actuación de las Hermanas en Cabo Blanco, atendiendo a los apestados de la peste bubónica. El mismo aislamiento del mundo exterior y las mismas escenas conmovedoras del año 1898. Retumbaban sin cesar en la leprosería, transformada en hospital de emergencia, los gritos y las súplicas de los infelices: "Hermanita, me muero." "Hermanita, por favor, no me abandone, que tengo miedo de morir solo." La Hermana Elisa, conocedora de la situación, increíblemente dolorosa, creada en la leprosería, cedió a sus dos colaboradoras para que fuera mejor atendido el lazareto de Cabo Blanco y cargó sobre sus débiles hombros todo el peso del hospital de La Guaira, atestado de enfermos. Su esfuerzo fue tan sobrehumano, que sucumbió, aplastada por el cansancio y el agotamiento, antes de que cesara la epidemia. El Gobierno, sorprendido por tanta abnegación y desprecio de la propia vida en el cuidado de los enfermos, dictó la siguiente mención honorífica en sus anales oficiales: "Las Hermanas de la Caridad de San José se han comportado a lo largo de esta terrible epidemia, no como seres humanos, sino como ángeles."

En 1918 hizo su aparición en Caracas la pavorosa gripe española. El Dr. Razetti instaló a las Hermanas en los hospitales de emergencia de La Pastora, San Juan, Santa Teresa y la Logia Masónica. El eminente galeno ayudó poderosamente a las Hermanas en su ruda tarea y a su activa, oportuna y generosa iniciativa se debió en buena parte la desaparición, relativamente pronta, de la terrible epidemia.

Los sufrimientos compartidos —porque sería necesario hablar, además, del terremoto de 1900 y de los desastres de la guerra civil— sembraron el afecto y el agradecimiento hacia las Hermanas en el corazón noble del pueblo venezolano. En todas las circunstancias, sanitariamente trágicas, de los últimos 75 años en Venezuela, las Hermanas de San José de Tarbes excedieron en su entrega y atención a los enfermos los límites de la prudencia humana, para correr presurosas por los dilatados campos del heroísmo y de la caridad cristiana. Así lo entendió el pueblo y, a pesar de no ser su denominación oficial, siempre las llamó cariñosamente HERMANAS de la CARIDAD de SAN JOSE.

A la cabecera de los enfermos las Hermanas de Tarbes se granjearon el afecto y la confianza de su país de adopción y la muerte temprana de muchas de ellas, que sucumbieron a los rigores del clima, al agotamiento físico y a las enfermedades contraídas en su santa misión, hicieron para ellas de Venezuela una tierra más entrañable que la propia de origen. Habiendo recibido de Barquisimeto el aviso del fallecimiento de una de las Hermanas, muerta de fiebre amarilla en cuestión de horas, la M. San Simón telegrafió inmediatamente al Presidente del Estado Lara: "Ahora que una de las Nuestras descansa en la tierra de su Estado, esa tierra es para nosotras más querida y para realizar nuestra obra saldrán de aquí 4 Hermanas, pase lo que pase." Lenguaje de una Superiora santa y heroica que cuenta con súbditas también heroicas y santas.

Esta es, a grandes rasgos, la obra asistencial de las Hermanas de San José de Tarbes en Venezuela, sin tomar en cuenta su actividad ordinaria y callada en asilos, hospitales y clínicas. Obra grandiosa, lindante siempre con el heroísmo y con las más generosas cumbres de la caridad y a la que no se logra explicación satisfactoria sino en el amor aprendido de los labios de Aquel que dijo: "Nadie ama más a su amigo que aquel que da la vida por él." En el corazón del Africa una Religiosa hace la cura de rutina de una repugnante herida. Acertó a pasar por allá un turista norteamericano y se quedó a contemplar aquella escena de delicadeza y de amor. "¿De dónde será esta Hermana?, se decía. ¿Vivirán aún en la lejana patria sus ancianos padres? ¿Quién agradece aquí su sacrificio?" Cuando acabó la cura y la Hermana ayudó al enfermo a recostarse de nuevo en su lecho, se acercó a ella el turista y le dijo: "Hermana, ni por 100.000 dólares realizaría yo lo que usted acaba de hacer." A lo que la Religiosa respondió dulcemente: "Ni yo tampoco." Era un amor superior que la elevaba al heroísmo. El amor a Cristo y a las almas fue el móvil que logró el milagro de heroísmo de las Hermanas de San José de Tarbes en el servicio a los enfermos, apestados, locos, leprosos, desvalidos y huérfanos. Fue el AMOR A CRISTO y por Cristo a las almas!

* * *

Paralelamente a esta actividad asistencial, las Hermanas de Tarbes desplegaron con la misma intrepidez y competencia otra no menos importante y significativa para el proceso cultural de Venezuela: la labor educativa. Aunque ellas habían sido contratadas para el servicio de los hospitales, desde su arribo a costas venezolanas, tanto el Presidente de la República como el Arzobispo de Caracas empezaron a pedirles la creación de un colegio para la alta sociedad y una escuela elemental para el pueblo. La Hermana Antonieta María escribía a Cantanos: "Nosotras hemos procurado alejar cuidadosamente todo compromiso relacionado con la enseñanza. Pero el tema salta continuamente. Lo colocan a cada paso sobre el tapete. Las tres cuartas partes de las personas de influjo o autoridad que nos visitan nos preguntan sobre lo mismo." No eran los hombres; Dios se movía para señalar a las Hermanas una gran tarea, una misión extraordinaria que cumplir con el pueblo venezolano: acelerar el proceso educativo del país; contribuir a su cultura; popularizar la enseñanza de las Religiosas en Venezuela.

El año 1891 debe esculpirse con letras de oro en los anales de la Educación de Religiosos en Venezuela. A petición de las principales familias de Caracas, abría sus puertas modestamente a la juventud venezolana el famoso Internado de San José de Tarbes en una casa contigua a la iglesia de San Juan, y ese mismo año, en Valencia, el culto y digno caballero Don Luis Febres Cordero confiaba a las Hermanas la dirección del Colegio Ntra. Sra. de Lourdes. Dos instituciones admirables, de solera, cimeras y señoriales, que por sus métodos pedagógicos, por la competencia de su personal docente, por la disciplina suave y enérgica a la vez y por la formación científica, cívica, moral y religiosa impartida a sus alumnas a lo largo de toda su historia, son faros que iluminan las trochas que instituciones similares han de tragar en la educación de la juventud estudiosa. El Presidente Andueza Palacios decretó la construcción de la actual sede del Internado en El Paraíso y el Presidente Castro la entregó por un contrato de 50 años a las Hermanas, en la persona de la M. San Simón.

Puerto Cabello es la tercera ciudad beneficiada por un colegio tarbesiano y la Superiora General preside el 23 de abril de 1892 su inauguración. Seis años más tarde, el 1º de marzo de 1898, en el corazón mismo de la Caracas de entonces, de Carmelitas a Llaguno, el Externado cubría las demandas, cada día crecientes, de la educación tarbesiana. A esta fundación siguió la del Colegio de la Inmaculada Concepción de Barquisimeto, el 13 de abril de 1904, y que tuvo la singularidad de poseer el primer edificio escolar construido expresamente para colegio, por obra y gracia de una mujer de cabeza y de acción, la Hermana Juanita (Jenny). Ella valoró las ventajas del construir a las de adaptar y fue eficaz en el logro de su intento. En septiembre de 1909 el Instituto de la Inmaculada Concepción ofrecía sus clases en locales apropiados, recién construídos. A estas primeras fundaciones siguieron en años más recientes el Refugio para la Infancia en Antimano, en 1912; el Patronato, en 1918; el Colegio de Los Teques, en 1920, y en 1949, el Colegio de San José de Tarbes La Florida, no por ser el benjamín, el menos importante ni el menos querido por la sociedad caraqueña.

En la creación de esta brillante constelación de colegios tienen indiscutibles méritos las 5 Superiores regionales que hasta ahora han regido los destinos de la Congregación en Venezuela: la enérgica y clarividente M. San Simón; la dulce y bondadosamente eficaz M. Marie Germaine; la inquebrantable y justiciera M. Febronis; la circunspecta y apostólica M. Alfonso; la innovadora y dinámica M. Saint-Jacques, actual Superiora Regional, a cuyo impulso renovador surgen nuevas construcciones y, sobre todo, se impone un estilo educativo más sensible a lo social y más firme y consistente en lo formativo.

También contribuyó a esta rápida expansión de centros docentes en la geografía de la Patria la preocupación existente, desde el primer momento, de venezolanizar, permítaseme la palabra, la Congregación. La M. San Simón, ya en el año 1889, apenas pisó tierra venezolana, con perspicacia superior empezó a pensar en establecer Casa-Noviciado en Caracas. A esta solicitud y comprensión por parte de las recién llegadas correspondió espléndidamente la juventud venezolana. Hoy la Congregación en Venezuela está inte-

grada en un 80% por Religiosas nacidas en la Patria del Libertador.

Pero entre todas estas instituciones docentes, honra y prestigio de la Iglesia y de la Congregación Tarbesiana, creo de justicia destacar una que se me figura como la más estratégica e intencionada, la que posee más hondo y marcado sello popular, la que prestó y sigue ofreciendo la más espléndida oportunidad de superación a las clases más necesitadas y muchas veces más capaces de nuestra sociedad: el Patronato de San José de Tarbes. Sueño dorado de una Religiosa santa y sensible al dolor y a la humillación de los necesitados. Empresa colosal realizada por una mujer de extraordinarias cualidades de inteligencia, de corazón y de don de gentes y que acumuló méritos sobrados para ser honrada sucesivamente con la Medalla de Instrucción Pública; con la Placa de Aplauso al Mérito; con la Medalla de Oro de la Orden 27 de Junio en su primera clase; y ser proclamada la Mujer del Año 1950 por la Unión Venezolana de Mujeres. Religiosa humilde que tenía puesto su corazón al servicio de Venezuela, de su niñez y de sus pobres. Yo quiero pronunciar con reverencia su nombre y a su memoria rindo en este acto, excepcionalmente solemne, público homenaje de respeto y admiración, haciéndome eco de sus incontables alumnas, que la recuerdan con el afecto conmovido y entrañable de madre desaparecida y con la memoria ungida que nos merecen los santos: la Hermana María Lorenza. Ella es el símbolo de lo que son todas las Hermanas educadoras de San José de Tarbes. El Patronato fue la obra por excelencia de la Hermana María Lorenza. Ocupó el cargo de Directora del plantel durante 35 años consecutivos, desde 1918 hasta noviembre de 1953. Ella apuntaló definitivamente su prestigio y selló el respeto con que es mirado por propios y extraños. Institución del pueblo. Institución para el pueblo. En él las personas decentes, de escasos recursos económicos, lograron generosamente la formación estupenda de todo plantel tarbesiano y de sus entrañas humildes y espléndidamente fecundas brotaron y siguen brotando cada curso, con el milagro de los manantiales ocultos, promociones esplendorosas de Maestras Normalistas, que llevan la luz de la cultura y el mensaje redentor del Evangelio a los corazones incontaminados de los niños de nuestros barrios, de nuestros grupos escolares y de los rincones más apartados de la Patria irredenta. El Patronato, conjuntamente con el Refugio para la Infancia, las Escuelas gratuitas del Internado de Caracas y del Colegio Lourdes de Valencia, para no hablar sino por vía de ejemplo, todas ellas dirigidas por Hermanas de San José de Tarbes, y destinadas a la asistencia y educación de las clases populares, ponen en evidencia la torpe ligereza y la injusticia monstruosa con que se habla al calificar a la educación de la Iglesia en general y de la tarbesiana en particular como de clasista y discriminadora.

Cuando se comparan los desórdenes y tropelías a que nos tienen acostumbrados ciertos institutos, con la transparencia y fecundidad de larga historia de los Colegios Tarbesianos, adquiere su verdadera perspectiva la educación basada en la disciplina, en el trabajo serio, ordenado, ininterrumpido, como de colmena; estimulada por una sana emulación de pulcritud y superación; realizada en ambiente de plena cordialidad entre maestras y alumnas; orientada por personas no

dedicadas, sino consagradas a la formación integral del educando; y, finalmente, sostenida por los más acrisolados principios cívicos, morales y religiosos. Ni las aulas, ni los laboratorios, ni los campos de deporte, ni siquiera el Profesorado mismo, constituyen principalmente un plantel. El espíritu que lo anima, el alma que lo vivifica y orienta, lo decide todo.

El espíritu de los Colegios de San José de Tarbes lo tenemos expresado valientemente en este texto de sus Constituciones: "A imitación de San José, sirvan a su prójimo con el mismo esmero, diligencia, caridad y cordialidad como él (San José) servía a Jesús y a María." O mejor en este otro: "Como Nuestro Señor, que no vino sólo al mundo para glorificar al Padre Celestial... sino que tomó la forma de servidor y sirvió a los hombres... que las Hermanas no se contenten con trabajar en su propia perfección, sino que se consagren también al servicio del prójimo." Ahí tenemos claramente expresado el espíritu, el alma de la educación tarbesiana: servir con esmero, servir con amor.

Pero el servicio tiene sus exigencias y una de las más ineludibles la competencia y conciencia profesionales: "Emplearán en su instrucción personal y en la preparación de su clase el tiempo suficiente, como establecen las Constituciones, a fin de enseñar de un modo seguro, claro y provechoso." Pero es imposible un servicio perdurable sin abnegación y caridad. ¿Ver-

dad, distinguidas alumnas y exalumnas de los Colegios de San José de Tarbes, que vuestras educadoras quedan descritas a cabalidad con estas tres palabras: abnegación, servicio, caridad? ¿Verdad que siempre las admiraron abnegadas, serviciales, caritativas?... ¿Cuánto sacrificio acumulado sobre cada una de ustedes; cuánto trabajo de filigrana en la formación de los corazones, en el remodelar de las almas, hechas a imagen de Dios; cuánto tacto y energía en hacer saltar las aristas desviadas del carácter, buscando con afa- nes maternas el alumbramiento de la figura señera, la figura adivinada de la personalidad limpia y definida que estaba al otro lado de aquellas desviaciones y asperezas!

Ustedes son las hijas de sus corazones millonarios de caridad y abnegación. Renunciaron voluntariamente a la maternidad física y Dios las hizo espléndidamente fecundas, madres de cientos de hijas, a las que transfundieron su espíritu, a las que dieron el ser en el orden de la cultura, de la virtud, del apostolado. "La mujer puede superar las excelencias de la maternidad física y participar en forma sublimada de ella, al consagrar su vida al servicio de los cuerpos o de las almas del prójimo por una vocación sobrenatural", afirma el mártir y prisionero Cardenal Mindszenty. Por eso están ustedes aquí; cumpliendo una cita de familia, un deber filial de gratitud!

PRECISIONES...

(Continuación)

Y toda esta salvaje
doliente rebeldía,
toda el ansia febril,
todo el furor,
la rabia toda,
se deshace en arenas de impotencia.
Es como el mar:
violento un día,
resignado y sereno amargamente.
Sin fin,
sin nada,
sin amor,
sin vida.

T, 25

Tenemos, pues, este triple movimiento de la crisis nerviosa e intelectual, con la agravante importante de la soledad. ¿Cuál es la salida? Sencillamente, en este caso, la evasión al pasado:

Negarnos que fue ayer
no es afirmar que ya todo ha pasado.
Es, más bien,
prolongar
las cosas que hemos sido
como sombras en tardes de verano.

T, 15

Y dentro de esta evasión, de este retroceso que es producto del instinto de conservación, el alma atormentada y desarraigada se agarra a lo que más sentido da a su exis-

tencia. ¿A dónde se dirige fundamentalmente este retroceder?

"Quiero retroceder para encontrarte"

En el maremágnum de este desarraigo que el poeta nos plantea, un solo aspecto fundamental se salva del naufragio casi general, una sola idea capaz de dar sentido a cualquier vida humana y a la que ni este escepticismo llega a alcanzar.

En el ciclo completo del asombro,
en el dolor transido
y boquiabierto
en el desesperarse
y agotarse todo.
En la caterva inmensa
y ululante,
en las visiones bruscas
y agobiantes,
en las risas sangrientas,
en los llantos rapaces
en los mares,
las islas
y los valles.

En todo,
siempre,
en todas partes,
te encuentro viva,
abierta
y desgarrante.

T, 23

En el cataclismo universal planteado, una cosa permanece: el amor, eterno como el hombre. Un valor fundamental que se mantiene, un fenómeno humano en el que todavía hay quien cree.

Quiero retroceder
para encontrarte.
Quiero ser infantil,
quiero entreabrirte el alma
y asombrarte.
Hacerte coincidir,
desembocarte, contarte
mis colores:
el amarillo y negro
de mi sangre,
el morado y el verde
de tu carne,
el rojo, el blanco, el ansia de
[rogarte.

Tengo que desvelarte,
desnudar mis sollozos,
esperarte
y contarte con lágrimas que
[mienten
lo que mientras ignores me arrebatara
la corriente continua, incandescente,
de que todo lo tuyo cierto
no es negarte.

T, 20

Después de la doble crisis somática y espiritual que el desarraigo trae consigo, viene, por tanto, esta